

tan frailes. «Desde el punto de vista artístico, el fraile hace mucha falta», escribía en 1843 Almeida Garrett, añadiendo: *nas cidades, aquellas figuras graves e serias com os seus hábitos talares, quasi todo pictoresco e algunos elegantes, atravessando as multidões de macacos e bonecas de casaquinha esguia e chapelinho de alcatruz que distinguem a peralvilha raça europea—cortavam a monotonia do ridículo e davam physonomia a população.* Recordando esto, pienso que es acaso la expulsión de los frailes de Portugal lo que ha acabado, juntamente con los *brasileiros*, de descaracterizar á Braga. Porque Braga debió de tener en un tiempo carácter.

Voy á dar al paseo, lindo paseo, un paseo provinciano de esos en que hacen conocimiento los novios. Al cabo de él se levanta en raquítica y mezquina estatua la figura de Don Pedro V, el Han-let portugués, aquel *saudoso* monarca que pasó dejando un rastro de melancólica poesía.

¿Quién será aquel filósofo sentado allí al pie de aquel tilo? ¿Me pondré al habla con él? No, no sea que me estafe; quiero decir, no sea que me resulte, no un filósofo, sino un simple holgazán. Pero, ¿es que los filósofos son algo más que unos holgazanes? Los portugueses no son, según confesión propia, filósofos, es decir, metafísicos, lo cual no quiere decir, claro está, que no sean holgazanes. Y, ¿quién será aquella señora joven, rubia, la del sombrerito de la cinta azul? ¿Por qué tan sola? ¿En qué piensa tan melancólicamente? Cuando una señora joven está sola en un paseo, si no tiene aire melancólico es algo peor.

¿Y aquel señor anciano, de aspecto patriarcal, el de la sotabarba blanca y el sombrero de paja negro—no de paja negra, por supuestito—, que parece un marino retirado? Ahora se levanta, adelantándose á aquellas dos señoras, la vieja y la joven; se descubre, y con un noble gesto les ofrece asiento, como si estuviera en su casa, en un larguísimo banco donde cabe una compañía de soldados.

Y ellos, á su vez, serán á decirse: ¿quién será ese señor de las grandes gafas y el chaleco cerrado, con facha de extranjero en todas partes, que toma notas en un cuadernito? ¿Qué apuntará? Lo que menos sospechan, de seguro, es que hago cuentas del coste de la expedición. Además, nos ven tomar notas sin figurarse que viajamos *para* contar lo que vemos, y no lo contamos porque lo hemos visto. ¿Viajar por placer? No, no se viaja por placer. Se viaja para decir que se ha estado acá ó allá, ó para huir de cada sitio en que se está; el monomaniaco de los viajes lo es por topofobia, huye de todas partes. El viajar no es natural. Los niños no pasean yendo á un lugar determinado, sino que juegan corriendo en derredor de un punto. El obligarles á hacer una legua les cansa más que dejarles correr cosa de tres leguas en un jardín. Y los mayores necesitan de la caza—aquí del atavismo—para recorrer el campo.

Es el anochecer, y en estas ciudades provincianas, al que se encuentra solo á la caída de la tarde, la melancolía le agarra. Me voy hacia casa, es decir, hacia el hotel. Desde el hotel de mi cuarto de dos días veo media luna, las torres—que parecen torres de torneado de eba-

nistería—sobre el cielo agonizante, el torreón cuadrado de la cárcel, la apuntada copa de ese hermoso abeto y las torres gemelas, como coronas reales, de la catedral. Es lo mejor que tiene ésta, visto así, á distancia y á la caída de la tarde. Pero me voy entristeciendo. Solo, en ciudad extraña, sin conocer á nadie, sin recuerdos que me liguen á lo que veo, á estas horas del desfallecimiento de la naturaleza, el ala aquilina de la Esfinge me trae á que me roce el corazón el eterno cantar del anonadamiento. Y luego este Miño verde, mimoso y riente que encuentran otros tan alegre, me parece triste, hondamente triste, triste como la caricia de una esclava.

Al amanecer del otro día me asomé al balcón cuando la ciudad iba emergiendo de la niebla, repicaban las campanas y gorjeaban los pájaros en el paseo. Levantó algo la niebla y me encontré con el cielo mismo de mi tierra vasca, un cielo bajo, humilde, humano.

Este día subí al Bom Jesus do Monte, pero esto ya os lo contaré aparte.

Y luego de haber bajado del Monte me eché sobre la cama á leer *La loca del Candal* (*A doida do Candal*), del portuguesísimo novelista Camilo Castelo Branco. ¡Y cómo me hizo presa en el interés la tal novela!

Al salir me detuve á leer un anuncio de *Os mysterios da Parreirinha*, novela de actualidad que Pedro Reinal empezó á publicar en el folletín de *O País*, desde el primero de este mes de Agosto. El anuncio termina así: *um mar de lodo! um mar de pús! um mar de lama!* (fango), *um mar de sangue!*

Tan mal efecto me hizo ver bajar á los sir-

vientes del hotel cuando iba á marcharme y pedí la cuenta, que no les dí propina alguna. ¿Que hice mal? Peor hice en no dársela á los presos, á los de la bolsita. Pero si va uno á dar aquí limosna á todos los que expresa ó tácitamente se la piden... Quedarían pensando: ¡roñoso español!

Llegué á la estación con cerca de cuarenta minutos de anticipo. Es que el *flanear* cansa, es que el estar tantas horas en una ciudad donde á nadie se conoce...

En el tren seguí leyendo á Camilo, mientras el coche corría por tierras del Miño. Llegué á Oporto, á la estación de Campanhá, y mientras esperaba al tren que había de traerme á Espinho, allí, en un rincón, bajo una mala luz, devoraba las páginas de *La expósita* (*A engeitada*). ¡Este Camilo!...

Cuando pasen unos años me quedará de Braga una neblinosa memoria, la de una ciudad agradable, espaciosa, ceñida de verdura, con templos vulgarísimos, con calles banales, con bonitas muchachas y donde devoré novela y media de Camilo.

Ahora me queda contaros del Buen Jesús del Monte, que es la razón de ser de Braga para el turista.

Espinho, Agosto de 1908

## O BOM JESUS DO MONTE

Quedábamos en que os hablaría del Buen Jesús del Monte, de Braga, que es la atracción de esta ciudad, lo que lleva á ella los turistas. Otra vez va á servirnos de cicerone nuestro ya amigo Azevedo Coutinho con su librito *Guia do viajante em Braga*. Nos basta éste sin tener que acudir al libro que el mismo autor dedicó en especial al Buen Jesús del Monte. Estamos aún muy tiernos para habérmolas con especialismos. Contentémonos con datos enciclopédicos, pues que llevamos prisa. El mundo es grande y la jornada chica.

De Braga al Buen Jesús—tres kilómetros—se va en un tranvía de vapor que no ahorra el humo, y luego se sube en un funicular ó elevador que podrá tener unos doscientos metros. Su mérito consiste en que fué el primer elevador que se construyó en la Península, *merce do arrojo e genio emprehendedor do sor. Manuel Joaquín Gomes, que deixou o seu nome ligado á este importante melhoramento, inaugurado festivamente as 11 horas de manhã do dia 25 de março de 1882*. Son palabras textuales de nuestro Azevedo Coutinho.

En dos minutos, merced á la obra genial y arrojada del señor Manuel Joaquín Gomes, llegamos á la vasta explanada en que se asienta el santuario del Buen Jesús de Braga. Está rodeado de hoteles, y el santuario mismo es en más de un respecto otro hotel más. Los hoteles de Braga tienen en el Monte sucursales mejores acaso que las matrices. Y allí tiendas de objetos... lo que es de suponer.

El santuario se comenzó en 1784, siendo concluido en 1811. Desde el pie de la escalinata, de que hablaré luego, ofrece un cierto aspecto teatral no desprovisto de efecto; pero por dentro es de la característica trivialidad de casi todos los templos portugueses: de pastaflora. Está rodeado de estatuas, una de Longuinhos, *hecha de una sola piedra*, y que ha merecido figurar en postales. Es un ex voto.

Allí, en la explanada, me encontré con un español de gorrita y pantalones blancos, que era una delicia. Lamentábase de las horas que para sus comidas han establecido los portugueses, y se lamentaba también de que hablen en su endiablada y *pobre* lengua—él no la conoce; ¡cuánto mejor hablar en castellano! Decididamente tenemos que conquistarlos para enseñarles á comer y hablar. Mayormente cuanto que el haberse separado de España fué una picardía, según el español de la gorrita y los pantalones blancos.

En derredor del santuario y de los hoteles, un jardín, no un bosque. Oigamos á nuestro buen Azevedo Coutinho: *Aquella exuberancia de vegetação; aquelles verdes a mesclarem-se n'um conjuncto harmonioso; a agua límpida crystalina, á jorrar abundantemente nas casca-*

*tas; a Arte e a Natureza em fim, reunidas, formam aquella deliciosa estância tao cheia de pittoresco para os «villegiateurs», como de recordações religiosas para os devotos.* No sabría yo describirlo más adecuadamente.

Allí sus cascadas, su gruta con las estalactitas y estalagmitas artísticamente colocadas como los cabellos de una doncella en la cabeza calva de una señora de edad; allí el estanque con su puente rústico y sus botecitos; allí el kiosco, rústico también; allí... ¿Para qué más? Realmente, se encontró allí el hombre con una vegetación exuberante y la alindó y domesticó. Hay avenidas asombrosas de variedad de árboles—robles, australias, eucaliptos, alcornoques, etc.—, y entre ellas glorietas con bancos y mesas de piedra. Una cosa para encantar á los honrados comerciantes portugueses que van allá á pasar el domingo, á los brasileños y hasta á los ingleses. Que por cierto no faltaban la tarde que pasé yo allí.

Tuve la debilidad, aos días después, de expresarme en este mismo tono respecto al Buen Jesús, delante de una portuguesa. ¡Nunca lo hubiera hecho! Con una mujer hay que procurar discutir lo menos posible, y si es de estética, nada, absolutamente nada.

¡Qué difícil de educar es el sentimiento de la naturaleza! Hay que convenir, por otra parte, que el Buen Jesús es bonito—lo bonito es enemigo de lo hermoso—y es, sobre todo, cómodo. Los honrados burgueses, á los que les sube allá el genial y arrojado elevador, no van á subir por su pie, ó montados en un caballo, á lo alto de la sierra de la Estrella ó al Marão. Yo recordaba una ascensión al Marão desde

Amarante, y recordaba á Gredos, y recordaba, sobre todo, aquella austera, noble, huesuda y solemne Castilla, que es todo menos un jardín.

Jardín, sí, jardín. No está mal aquello de *jardim da Europa á beira*—mar plantado.

Y no es que todo Portugal sea jardín, no. Queda en él todavía mucho del bosque bravío, quedan descarnadas peñas, quedan sierras bravías, sobre todo hacia la parte de España. Pero no es eso lo que buscan los que hablan de la lindeza de este suelo mimoso. Aquí, en el Buen Jesús, se administra discretamente algo de naturaleza á los burgueses, pero sin exageración.

Y recordé la Arrabida, el valle del Sur *saudoso e bello* que cantó Herculano el fuerte, y aquello de

*caveira da montanha, ossada immensa  
é tua campa o céu: sepulchro o valle  
um dia te será.*

Sí, eso echaba allí de menos, calaveras de montañas, osaturas inmensas, cuyo cementerio es el cielo. Echaba allí de menos

*essas penhas, que, lá no alto das serras,  
nuas, crestadas, solitarias dormem,  
parecem imitar da sepultura  
o aspecto melancolico e o repouso.*

¿Pero vamos á cortar así la digestión de los buenos burgueses portuenses recordándoles el reposo de la tumba? No, el Bom Jesus es un paisaje dominguero, de vacaciones. Pero volvamos los ojos á la Arrabida y digamos con Herculano:

*qual pomposo jardim de veme illustre,  
chamado rei, ou nobre ha de contigo  
compararse, oh deserto? Aquí não cresce  
em vaso de alabastro á flor captiva,  
ou arvore educada por mão de homem,  
que lhe diga—«es escrava» e erga um ferro  
e lhe decepe os troncos. Como é livre  
a vaga do oceano, é livre no ermo  
a bonina rasteira ou freixo altivo!  
Não lhes dis—nasce aquí, ou lá nao crecas  
humana voz.*

Ahora falta saber lo que respondería el gusano illustre llamado rey ó noble, ó rico comerciante, que busca naturaleza con hoteles, naturaleza domesticada y enjaulada.

Del Bom Jesus subí al Sameiro por el atajo. Cuando me encontré en lo alto, fuera de las sombrosas avenidas, entre robles bravíos que se alzaban espaciados en un suelo de helecho, argoma y brezo, y acá y allá algunos berruecos, respiró mi corazón. Creí encontrarme en la cima de alguna de las montañas de mi tierra vasca, adonde no han llegado aún los hoteles ni los funiculares.

El Sameiro tiene delante del santuario que en 1870 se erigió allí á la Inmaculada Concepción una buena campa. Pero campa en castellano, no en portugués: en portugués significa cementerio. ¡Buena campa para una romería!

En derredor del santuario—que nada tiene de particular—andaban, con sus maletitas en las manos, unas monjitas muy lindas y muy elegantes, con unos trajes como de jardín de ópera, zapatitos blancos y medias negras. Y sí, según Almeida Garrett, el efecto de los frailes

era en el campo mayor que en las ciudades, pues caracterizaban el paisaje y poetizaban la situación más prosaica de monte ó de valle, vi claro que aquellas monjitas allí, en la cima del Sameiro, al pie de la estatua de la Concepción, parecían puestas adrede. ¿Andaría en ello la mano de la Compañía? ¿Serían empleadas de los noteles?

Dentro del santuario vi unos campesinos con sus largos bastones y un manojo de cohetes. Al salir de orar fuéronse á la campa y dispararon al cielo media docena de cohetes; eran de promesa. Y esto de prometer á la Virgen media docena de cohetes en su honor, es algo eminentemente portugués. Le es difícil á un español—no siendo, acaso, un gallego—imaginarse el grado de perfección á que aquí llega el arte pirotécnico. Eso de los fuegos artificiales es cosa elevada aquí, en Portugal, á la dignidad de una de las bellas artes. En ella y en la decoración de los yugos parece haberse refugiado la inventiva artística portuguesa. Si bien es cierto que hace poco tuvieron un pirotécnico trágico que tiró á romper el yugo.

Me aparté del santuario y allá, en una altura, descubriendo á un lado todo el valle de Braga y del otro peladas y bravías cimas, encontréme entre vacas, ovejas y dos pastorcillos. ¿Los habrían puesto allí los dueños de los noteles? ¿Serían empleados de la Compañía? Recordé la Suiza de Tartarín.

Bajé del Sameiro al Bom Jesus por el camino, bordeado de australias, y no por el atajo. Se va gozando la vista de Braga, espectáculo realmente humano.

Y ahora tengo que hablaros de los ex votos,

de las ofrendas. Los hay en el Bom Jesus, los hay en el Sameiro.

Esto de los ex votos me atrajo siempre, y santuario adonde llegue y los haya, me detengo en pasarles revista. Son la forma más ingenua de la piedad popular. En mi vida olvidaré el efecto que me produjo entrar en Nuestra Señora de las Victorias, de París, á los pocos días de haber visitado la iglesia de Araceli, en Roma. En ésta, ingenuos ex votos, piernas y manos de cera, muletas, trenzas de pelo, cuadritos trazados por tosca é inexperta mano; en el templo de París, cubiertos los muros de inscripciones, en paralelogramos iguales todas, á modo de epitafios de un cementerio. Es la piedad reglamentada y geometrizada, por libro mayor y libro de caja; es algo que deja fría el alma. Y recuerdo que de vuelta al hotel, me desahugué en mi cuaderno de viaje.

Aquí en el Bom Jesus y en el Sameiro me puse á recorrer los ex votos. Están en el lugar en que se venden objetos sagrados, cera, libritos de devoción, sermones, etc. Son los consabidos cuadritos al óleo con el enfermo en la cama y la aparición del Cristo ó de la Virgen; son las también consabidas fotografías, apagadas ya por los años. Allí están los cirios de ofrenda y entre ellos uno enorme, que me dicen pesó 105 kilos. ¡Cuántas abejas para haber cosechado toda esa cera! ¡Y cuántas flores! *Sic vos non vobis mellificatis, apes...* (Esta observación de cuántas abejas habrán sido menester para fabricar tanta cera, no anda lejos de aquella otra de los que á la vista del mar exclaman: ¡cuánta agua!)

Pero, entre tantos ex votos, hay dos que por

distintos conceptos llamaron mi atención: uno en el Bom Jesus; otro en el Sameiro.

El del Bom Jesus es un cuadrado con una flor y unas hojas ajadas y un cartelito que reza así: "Em 14 de março de 1874 retirei do Sur. Bom Jesus do Monte uma camelia com a promessa de lh'a restituir, caso elle permitisse que eu coltasse um dia a esta terra, de minha volta do Brazil. E como elle o permittiu, n'esta dacta (sic) l'ha devolto como prova de fe é religiao, Braga, junho de 1895. Maria Emilia Santos Major. Y allí está ajada la camelia que guardó durante veintiún años en el Brasil la pobre expatriada.

¿Puede haber en punto á ex votos nada más delicado, nada más poético? Aquella camelia representó durante veintiún años para la pobre emigrante portuguesa los recuerdos de la infancia, fué la perpetua *saudade* de la patria: Portugal, el Miño, Braga. ¿Quién sabe de cuántas malas tentaciones pudo librarle la marchita camelia!... Y la patria estuvo representada para ella—al fin era mujer, y mujer portuguesa—en una flor, y no en un trapo, aunque éste no se aja tan pronto como aquélla, y en una flor cogida al pie de un santuario del Buen Jesús. La religión y la naturaleza habíanla santificado.

He visto á algunos extranjeros—últimamente á un sueco—que viviendo en país extraño tienen en su cuarto de estudio ó de trabajo una pequeña banderita de su patria, sobre la mesa de labor. Esto se lo han enseñado en la escuela; pero á María Emilia Santos Major, ¿quién sino el corazón le enseñó á llevarse fuera de la patria la camelia portuguesa? Y está bien, está

muy bien este Portugal, este jardín de Europa verá al mar plantado, representado por una flor, por una camelia. Camelia hoy Lien ajada, tristemente. Con su acostumbrado acierto, Carducci, en el hermosísimo canto que dedicó á la muerte de Carlos Alberto, el *italo amleto*, que acabó en Oporto sus días, nos habla de la villa del Douro, junto al «fresco río de camelias».

Dejemos ya, aunque con *saudade*, la ajada camelia de María Emilia Santos Major, y vamos al otro ex voto que llamó mi atención.

Este es en el Sameiro, y consiste en un cartel, pero sin flor alguna, ajada ó sin ajar. Es Antonio José da Silva, devoto de Nuestra Señora del Sameiro y morador en la calle del Conselheiro Eduardo Villaça, núm. 85, el cual nos dice—aquí extracto su relación—que soltaba extraños gritos de noche, estaba tullido de la pierna y el brazo derechos á temporadas y que en cielo sereno y limpio anunciaba *con precisión matemática* una mudanza de tiempo, y principalmente la tormenta, *a trovoada*. Esta preciosa facultad se la habían de envidiar muchos, y más ahora en que parece hay tantos que buscan la meteorología por ciencia infusa. ¡Vaya una consideración de que hubiera gozado allá entre los pescadores de la costa de mi tierra vasca este meteorólogo tullido de pierna y brazo derechos!

Aunque es posible que hubiesen indagado si su ciencia infusa, instintiva, procedía de Dios ó del demonio. Al fin y al cabo, el vicario de Zaráuz, meteorológico también de ciencia infusa, es un ministro del Señor. (Eso para que digan por ahí los impíos que la iglesia y la ciencia están refidas una con otra...) Y he

observado, además, que esta enfermedad de la meteorología es epidémica y contagiosa.

Sigamos con Antonio José da Silva, el cual nos cuenta luego que habiendo ido al Sameiro curó—curó de los gritos, del tullimiento del lado derecho y de la meteorología. Y añade estas líneas que quiero dejar en su original, para mayor solemnidad: *esta é a verdade. Expliquem-la os sabios estas coisas com quiserem, falem em suggestoes e no mais que lhes lembrar. Estao no seu campo, come eu estou no dever de agradecer á Nossa Senhora este singular favor.* ¡Singular buen sentido el de este devoto! No se mete á increpar á los sabios, ni les pone uno de esos epítetos más ó menos infamantes tan del uso de nuestros devotos—impíos, soberbios... malandrines ó follones—, no les insulta, no les compadece, no les desprecia; limita-se á decir, con una prudencia y una tolerancia admirables, que están en su campo al querer explicar por la sugestión la cura del tullimiento y la meteorología infusa.

Y termina: *Devo-lhe isto e o faço publico para me mostrar agradecido. Braga, maio de 1907.* Ha aquí un ex voto razonado, digno y propio de principios del siglo XX. Esto se llama dar á la ciencia lo que es de la ciencia—la explicación racional del caso—, y á la fe lo que es de la fe—la gratitud á Nuestra Señora. De este devoto Antonio José da Silva debían aprender cuantos andan buscando ya conflictos, ya armonías entre la razón y la fe, la ciencia y los dogmas religiosos.

En otro respecto este ex voto es tan típico, tan interesante como el de la camelia de María Emilia. El uno representa la delicada poesía,

poesía femenina y de flores, del pueblo portugués; el otro su buen sentido, la moderación de su fe religiosa.

Pero he aquí que me cruza las mientes una sospecha perturbadora, y es si el cartel éste será realmente de Antonio José—acaso no sepa escribir—ó se lo habrá escrito un canónigo de la ilustre catedral bracarense, primada de las Españas; uno de esos canónigos que tan bien nos hubiera presentado Camilo. Y si es así, si en el cartel anda la mano de algún canónigo bracarense, ¿quién nos dice que debajo de esa serena y noble repartición de derechos entre la ciencia y la fe no se esconde veneno volteriano? El lector habrá oído, de seguro, que el clero portugués es muy liberal. Pero no hagamos suposiciones maliciosas, contentándonos con admirar y aplaudir el buen sentido de Antonio José da Silva, el meteorólogo curado. Yo, por supuesto, me quedo con la camelia. Es más poética, y además de mejor buen sentido aún. Y es natural que así sea, pues el supremo buen sentido es la poesía, digan lo que quieran los honrados burgueses que gustan de estanques y grutas de escenario. Y dijo aquel hidalgo portugués que se llamó Almeida Garrett, el de la inmortal—¿por qué no habíamos de decir como los portugueses *inmoridêra, inmorredoura?*—tragedia *Frei Luiz de Souza*, « los filósofos son mucho más locos que los poetas, y además tontos, lo que aquellos otros no son ». Y los honrados burgueses que suben en elevador á ver la gruta y aledaños tienen más de filósofos que de poetas, crédmelo.

Bajé del Bom Jesús á pie, por las escaleras monumentales, flanqueadas de templetes.

Por todas partes inscripciones con versículos de la Biblia, y el agua que va bajando por una serie de fuentes. Cinco de ellas representan los cinco sentidos corporales, y el agua sale de la boca, de las narices, de los ojos, de los oídos de unas toscas esculturas en relieve figurando personas humanas y con pasajes bíblicos alusivos á cada sentido: cosa de un mal gusto evidente. Lo único algo tolerable es el sentido del tacto, una cruz, sin figura alguna humana, de la que brotan tres chorros de agua de los sitios correspondientes á los clavos de manos y pies, y arriba la leyenda: *ejus fluent aquae vivae*. (Joan. 7, 38.) En otra fuente brotan cinco chorros de las cinco llagas, representadas en un escudo como se las suele representar, como si fuesen cinco racimos de uvas.

Hay que convenir en que esta monumental bajada—y subida—del Buen Jesús del Monte de Braga es, además de amenísima y muy frondosa, instructiva también. Eso de los cinco sentidos entra en la instrucción religiosa, porque ya en el Catecismo de la doctrina cristiana se nos enseñó lo de «ver con los ojos, oír con los oídos, etc.», aunque haya impíos que digan con mefistofélica sorna que no ventenga eso que ver con la instrucción religiosa del cristiano más que el enseñarle que el olivo da aceitunas y la encina bellotas. Pero veo que me voy contaminando del volterianismo portugués. Que démonos con la camelia ajada de María Emilia.

Espinho, Agosto de 1908.

## GUARDA

Entre los diez y siete lugares de Portugal que merecen ser visitados, según reza en el mapa excursionista que en los vagones de primera de los trenes ha hecho fijar la Sociedad Propaganda de Portugal—cuyo lema es *pro patria omnia*—, no figura Guarda. Pero siempre que había yo pasado por la línea de Beira, ya al ir, ya al volver, habíanseme ido los ojos tras de aquella ciudad que allá en lo alto, sobre la montaña, levantaba sus torres contra el cielo. El que la Sociedad ésa no nos la recomiende era razón de más para que me escociera el visitarla. Y allá fui, de vuelta de Lisboa, á quedarme un día.

¿Guarda, Guarda, de qué? Oigámosle á Tomás Ribeiro, en su lamentable *Don Jaime*. Dice: «No cimo de monte inhóspito—junto da nevada *Estrella*—, se ergue uma cidade e n'ella—que vamos, leitor, entrar.—E *fria*, ventosa é húmida—*feia*, denegrada e forte—que o reino, contra a má sorte—era obrigada á *guardar*—. Por isso é guarda ó seu nome—pois sempre voltada á Hespanha—, de pé na sua montanha—á espía no seu lidar—. É hoje, ro-

los os muros—veterano sem guarita—, ja sem farda e sem marmita—mas sempre firme a guardar!»

Y allí pasé un dia, todo un mortal dia, en esa Guarda fria, ventosa, húmeda, fea, denegrida y fuerte, que vigila España. Tiene razón la Sociedad Propaganda de Portugal.

Pero cuando se llega a un sitio hay que sacar el jugo, sobre todo nosotros los forzados del calamo. Es cosa terrible esto de ver algo para escribir de ello más bien que escribir porque se ha visto. Pero el oficio... y, una vez allí, no iba a perder el viaje.

A ratos tuve momentos de desfallecimiento y llegué a decirme: ¡si tuviera aquí un amigo!... pero rechacé al punto la tentación. Viajar en compañía no es viajar, pues quita al viaje su más íntimo encanto: la soledad. ¡No concierne a nadie! ¡No ser conocido!

Y allí me fui, en aquella destemplada tarde otoñiza, a vagar por las calles de Guarda. Pronto las recorrí casi todas, pues es una pequeña ciudad, de unos 6.000 habitantes. A trechos, los canónigos, embozados en sus mantos negros, con sus bonetes, enguillidos por las negras puertas de aquellas viejas casuchas; luego, estudiantes del Liceo, rapazuco de once años, en pelo, con sus levitas y sus remendados mantos negros, imitando a los de Coimbra. Me paro en el escaparate de una tienda de todos los géneros donde también se venden libros; entre el *Bobo* de Herculano y una traducción de *La Feria de las Vanidades* de Thackeray, la *Historia de un beso* de Pérez Escrich. Parece mentira la popularidad de que este novelista, olvidado ya en España, goza en Portu-

gal. Es, sin duda, porque les hace llorar, y Portugal tiene sed de lágrimas.

Voy a ver la puesta del sol; un incendio volcánico entre montañas de ceniza. Y luego me envuelve la melancolía otoñal de una villa desconocida. Pensando en cosas melancólicas voy a comer, que es una brutalidad fisiológica independiente del alma, según Camilo.

Por fortuna, los últimos días de Noviembre son muy cortos y pude acostarme a las siete, con una novela de Camilo a la cabecera de la cama. No sin antes dar un paseo por la villa y pararme ante la imagen del rincón del arco para pensar: ¡de qué tragedias calladas habrás sido mudo confidente!

Y luego, ¡qué encanto el que le despierte a uno el sol en un silencio puesto de relieve por lejanos y apagados toques de corneta militar, por campanadas de la iglesia próxima! Incorporarse y leer otra vez Camilo. Leer Camilo es viajar por Portugal, pero por el Portugal de las almas.

Sali a ver la Catedral, por fuera más de ver que por dentro. Tiene, sin embargo, su adusto carácter de fortaleza, y desde la terraza un hermoso panorama. Todo el anfiteatro de montañas de la sierra de la Estrella, y al otro lado tierras de España.

Uno de mis descendientes fueron las farmacias. Son nuevas, modernas, hasta elegantes. Yo soñaba con ver la vieja botica del padre de Tomasa, la heroína de *O Filho natural*, de Camilo, que acabo de leer, y en esa botica el tier-  
no practicante enamorado. Los lleve tan grabados como los de Dickens; sólo que

éstos están pintados á la flamenca, botón por botón y pelo á pelo, y los otros á cuatro brochazos; pero en vida no les ceden.

Fui á ver el Liceo, un Liceo nacional donde se cursan los cinco primeros cursos, con unos 150 alumnos. Cosa deplorable, pobrísima, de la que lo mejor es no hablar.

¡Qué material de física y de historia natural! En una mezquina conserjería, junto á un brasero, estuve esperando un rato. Entraron unas muchachitas; luego un rapaz como de unos catorce años, con su manteo, y bajo el brazo un fajo de tomitos de la *Bibliothèque Nationale*, de esos que se venden á 25 céntimos de franco tomo. Le vi Le Sage, Mirabeau, Rousseau... Se puso á hablar con las muchachas y hablaban de lindas poesías.

El portero me dijo que «os quintanistas falam muito bem ja o francez». Mejor que francés hablarán amor... Al salir del Liceo dejé mi tarjeta.

En esas pequeñas ciudades no hay nada como el diario local, sobre todo si es de combate. Y *O Combate* se llama uno de los de Guarda: un diario republicano cuyo lema es: *Pela Justiça, pela Verdade, pela Equidade.*»

Lo tomé con ansia, dispuesto á exprimirle el jugo. Y en verdad que era jugoso el número con que acerté á topar. Veámoslo:

Comentaba la frase del rey: «Eu mesmo trabalho» (yo también trabajo), y decía: «A razão de un conto de reis por día vale la pena.» (Un conto de reis son 5.000 francos.) Copiaba luego de un colega de Oporto, que entre los manifestantes monárquicos de esta ciudad, con motivo de la visita del rey á ella, se distinguió

un cura «reconocidamente jesuíta». Esto del jesuitismo es uno de los dos cocos de Portugal; en dondequiera sueñan con jesuitas. Y sigue *O Combate* con otros amenos comentarios antimonárquicos y con juegos de palabras, como el de que una caja de fósforos cuesta *dez reisinhos* (diez reyecitos).

Había un suelto delicioso en que, á propósito de no sé qué «casos oficiales de atrocidades inauditas» en Guatemala, decía que «parece corre aún en aquel pueblo toda la sangre hedionda de los inquisidores españoles de los siglos pasados y presentes», y para justificar esto de presentes recordaba lo de Alcalá del Valle, que fué leyenda de esas que hincha el anarquismo internacional. El español es el otro coco. Y luego venía un trozo de prosa henchida de retórica republicana, recordando á Nerón, á Calígula, á Torquemada, Dreyfus y la Isla del Diablo, Montjuich, Alcalá del Valle, Siberia, y, para que no se diga, también Timor.

Había también ¿y cómo no? su parte de... poesía. En una sección titulada *Halos*, el director del periódico, José Augusto de Castro, publicaba un soneto, el número XXII de la serie, dirigido á las excelentísimas señoras de Guarda; soneto en que les levantaba un *lindo* monumento, irguiendo la imagen santa de ellas y juntando estrellas, perlas y rosas.

Luego, el relato de una fiesta escolar en Seixo Amarello y discursos de dos alumnos dirigidos al maestro Isidoro Pedro Cardoso. Los discursos parecen arrancados de una novela de Camilo, y es de saber que estos formidables discursos de los oradores camilescos nada tienen que envidiar á aquel otro famoso discurso

de los comicios agrícolas que figura en *Madame Bovary*, de Flaubert.

Y en seguida venía lo bueno, que era un comunicado desde Sabugal, fechado en 27-11-908 y firmado Joaquim Martins. (Estos detalles vienen á que se vea que quiero ser prolijo y documentado. Y no se me negará que, aunque escribiendo de cosas contemporáneas, soy en ellas erudito.) El cual comunicado empieza de esta solemne manera: «todo silencio; como el gran criminal refugiado en el bosque, donde la menor sombra ó el más vago ruido le amedrenta. Silencio vergonzoso que viene denunciando un pedir tregua para que no vaya á levantarse la cortina que nos esconde asuntos criminosos, tal vez de la más alta significación. El asesino, después de consumir el atentado que llevó á efecto con gran premeditación, termina su obra, pónese en huída, y hermánase con el remordimiento; pero las entrañas ferinas siguen insaciables de sangre. Así el señor presidente de la cámara...» es decir, lo que en España llamamos el alcalde.

Díganme ahora si este prelude es solemne. Empieza con aquel solemnisimo «todo silencio»—¿lo habrá tomado de alguna novela de Pérez Escrich?—y luego viene lo de hermánase con el remordimiento y lo de las entrañas ferinas. Y todo ello es metafórico, altamente metafórico, pues no se trata de asesino alguno, sino sólo del pobre señor presidente de la cámara.

El resto del comunicado es de la misma fuerza cómica inconsciente. Háblase en él de quien «le escalpele las heridas llenas de pus repugnante» al señor presidente de la cámara

municipal de Sabugal, por nombre—¡quede para siempre en la picota!—José Fernandes Simoes Junior. Y todo ello, según puede adivinarse, por haber cambiado de partido y caciquear.

Un diario de una de estas ciudadillas perdidas entre campos y aldehuelas, es un tesoro de humorismo. Su lectura desopila el hígado—y empleo aquí una expresión muy pintoresca que he aprendido en Portugal, donde aún se usan muchas por el estilo.

¿Qué iba á hacer en aquella Guarda, en aquella terrible Guarda, sino comentar el diario local republicano? Los compañeros de mesa que me veían tomar notas del modestísimo periódico, se dirían: ¿quién será este sujeto y para qué tomará esas notas? ¿Y no es acaso uno de los encantos en los viajes el de intrigar á los que nos ven y, si es posible, hacerse pasar por personaje misterioso?

Y otra vez á correr las calles y ver á aquellos estudiantillos que, dejando en el suelo sus remendados manteos, se ponen á saltar al burro, agitándoseles los faldones de las levitas. Sueñan acaso en Coimbra, en la hermosa Coimbra, henchida de leyendas estudiantiles. Y yo también, al verlos, me acuerdo de Coimbra, y de los días que, hace ya unos años, pasé en ella, en aquella encantadora Coimbra, donde resbala el Mondego entre los chopos sollozando las estrofas que Camoens dedicó á Inés de Castro y murmurando cantos de Joao de Deus.

¿Qué tendrá este Portugal—pienso—para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica? Yo no sé; pero, cuanto más voy á él, más

deseo volver. He llegado á creer si no será que estos extremos occidentales se han dado de manos espirituales con los extremos orientales, los de la India, y han llegado al triste meollo de la sabiduría, á la comprensión de la vanidad final de todo esfuerzo. Parece como que allí pesa la lúgubre sabiduría del Eclesiastés. En ese pueblo triste, tristísimo, la gente se divierte, sin duda, pero se divierte como si dijera: comamos y bebamos, que mañana moriremos.

Pensando en cosas de éstas tomé al fin el coche que había de bajarme del pueblo á la estación. Ansiaba llegar á ésta é iba contando, reloj en mano, los minutos de kilómetro en kilómetro. ¿No os ha ocurrido alguna vez yendo en un tren ponerlos á recitar la numeración, para ir haciendo tiempo, ó á contar los postes del telégrafo según van pasando? Otros hay que en casos tales rezan el rosario.

Cuando me hube acomodado en mi vagón, y mientras el tren esperaba á salir, volví á mirar á Guarda, encaramada en su montaña; esa Guarda que tantas veces atrajo mis miradas. Ahora sé ya cómo es por dentro. ¿Lo sé de veras?

Siempre me han atraído esos lugares y villas que desfilan á nuestros ojos según va el tren ganando tierra, campos adelante. Son los más de ellos pueblos sin historia, donde á nadie conocemos. Yo no sé si será que en mí, como en casi todos los hombres, duerme el nómada, el peregrino andariego y errante, y despierta de cuando en cuando. ¡Ver pueblos! ¡ver nuevos pueblos, ver los más posibles! ¡Poder decir: también ahí he estado! Porque, en resumidas cuentas, el fruto mayor que de mi visita á Guar-

da he sacado, es el poder decir alguna vez, cuando de Guarda se hable ó se la mente: también la he visto.

Leyendo á Camilo atravesé la frontera, que por esa parte no se señala ni por río ni por montaña, ni por demarcación alguna natural. Atravesé la frontera; á los dengosos acentos de la triste habla portuguesa sucedieron los recortados de la recia habla castellana. Ya de noche, pasé junto á Ciudad-Rodrigo, que es la guarda española de la frontera, y que aún conserva las murallas—unas ridículas é inofensivas murallas—de que en la Guarda portuguesa no quedan sino menguadísimos restos.

Salamanca, Diciembre de 1908.

## UN PUEBLO SUICIDA

Esta tarde, otra vez más en Portugal, contemplaba el hermoso monumento á Eça de Queiroz. La grave inspiración de Teixeira Lopes ha logrado dar una muy íntima expresión al rostro del terrible psicólogo, del hombre implacable para las flaquezas de su tierra.

Aquel hastiado, aquel escéptico, se inclina para mirar con mirada escudriñadora la imagen de la Verdad, sobre cuya «fuerte desnudez» quiso echar «el manto diáfano de la fantasía». (Esta su frase figura al pie del monumento.) Pero la fortaleza de la desnudez parece como que rompe y deshace el manto de la fantasía. No la hay aquí para velar siquiera la verdad.

Poco después de haber contemplado la figura sugerente del autor de *A cidade é as serras*, desde el corazón mismo de esta ciudad de Lisboa, desde el pie de la estatua de Don Pedro IV, el que otorgó la carta y se fué al Brasil, contemplaba las pétreas costillas de las ruinas de la iglesia del Carmen destacarse sobre el cielo del ocaso. Y mirando ese agorero monumento, recordación del famoso terremoto de que salió el Portugal contemporáneo, el

dei marqués de Pombal, pensaba qué terremoto íntimo, moral, amenaza á este pueblo. E iba relacionando las amargas ironías de Eça de Queiroz, el que no creyó en su pueblo, ó por lo menos no creyó en la ciudad portuguesa, yendo á buscar á Portugal en las sierras, lejos del contacto de la civilización, relacionándola con uno y otro terremoto.

Después he comprado tres diarios: *O País*, *A Lucta* y *A Epoca*. Abro *O País*, y en el artículo de fondo se nos dice que hay en la vida de los pueblos ciertas crisis sordas y en estado latente, que apenas esperan sino un momento oportuno para denunciarse con retumbante fragor en la aparente limpidez y serenidad del ambiente, y añade que el alma nacional portuguesa está atravesando una de esas crisis. En este mismo artículo, y aludiendo á la nación, se dice que «sobre el cuerpo inerte de un moribundo deben todos arrodillarse». Es un artículo que respira muerte. Y luego, en una *interview* con un monárquico, se habla de bancarrota y de intervención extranjera. Dejo *O País* y tomo *A Lucta*. Esta, para no hablar de Portugal, habla del kaiser. Y el artículo de entrada de *A Epoca* se titula: «El problema de la felicidad». En él, un señor P. E. discurre sobre los aforismos de Fontenelle, viniendo á parar en que el secreto de la felicidad está en un egoísmo inteligente. Y concluye recomendando el contentarse cada cual con lo que tiene. «Sucede—dice el articulista—con la felicidad lo mismo que con los géneros del uso casero; más vale contentarse uno con lo que posee que ambicionar ó procurar obtener lo que le agradecería, pero no puede alcanzar.»

¡Qué horrible doctrina!, me digo guardando el diario en el bolsillo, y me acuerdo de Alcazarquivir y el rey Don Sebastián, del terremoto de esta ciudad de Lisboa, de Don Pedro V, el Hamlet portugués, y de su maestro Herculano, cuya soberbia tumba contemplé esta misma tarde en los Jerónimos, y, por último, vuelve á cernerse ante mí la enigmática y triste sonrisa de Eça de Queiroz.

Entre tanto van y vienen las gentes de esta ciudad cosmopolita; parecen contentas, rien, gesticulan, acuden á sus negocios ó sus distracciones. Y un satisfecho podría decirse al verlas: «Este es un pueblo como todos los demás; aquí no pasa nada». Y, sin embargo, Portugal, esta misma tierra, es un pueblo triste.

Es, sí, un pueblo triste. Y de aquí el encanto que para algunos tiene, á pesar de la evidente trivialidad de sus manifestaciones exteriores.

Portugal es un pueblo triste, y lo es hasta cuando sonríe. Su literatura, incluso su literatura cómica y jocosa, es una literatura triste.

Portugal es un pueblo de suicidas, tal vez un pueblo suicida. La vida no tiene para él sentido trascendente. Quieren vivir tal vez, sí, pero ¿para qué? Vale más no vivir.

Se suicidó Antero de Quental, el de aquellos terribles y lapidarios sonetos en elogio de la muerte, de la muerte «hermana del amor y de la verdad», «funérea Beatriz de mano helada, pero única Beatriz consoladora»; de la muerte, «hermana coeterna de mi alma»; de la muerte, en cuyo seno inalterable pensaba dormir «en la comunión de la paz universal». «Crimen grande será tal vez llamarte—

decía—; mas no soñar contigo y adorarte. No-ser que eres Ser único absoluto...

«Este hombre fundamentalmente bueno—decía de Antero de Quental su amigo Oliveira Martins—, si hubiese vivido en el siglo VI ó en el siglo XIII, sería uno de los compañeros de San Benito ó de San Francisco de Asís; en el siglo XIX es un excéntrico más, de ese corte de excentricidad que es indispensable, porque á todos los tiempos les fueron indispensables los herejes.»

Antero, con sus hermanos *Obermann*, Thomson, Leopardi, Kierkegaard—no más intensos en la desesperación que él—, duerme para siempre. Su corazón, libertado ya, duerme su sueño en la mano de Dios, en su mano derecha, eternamente.

Se suicidó Antero. Se suicidó también Soares dos Reis, el gran escultor portugués. Mirad aquella su estatua del Desterrado, inspirada en unos versos de Herculano—á quien su estoicismo le salvó de la absoluta desesperación—, y decidme si aquel pobre náufrago no va á arrojarse de nuevo al mar.

Se suicidaron Antero y Soares dos Reis. Se suicidó también Camilo Castello Branco, el gran Camilo, el escritor aquí más popular, el de los terribles sarcasmos, el que vivió y luchó solo, manteniendo contra todos enhiesta la bandera del ultrarromanticismo. En un artículo que Camilo escribió para ilustrar un retrato de Laura de Valclusa, después de decir la muerte de ella, añade que el Petrarca tuvo la insolencia de sobrevivirla veinte años, agregando que los sonetos son un gran purgante de las pasiones excesivas, pues se sabe que

algún sonetista haya muerto de hambre, pero de amor ninguno. Y esto que en otro que no fuese portugués, y sobre todo que no fuese Camilo—en Eça de Queiroz mismo, entre sus paisanos—, no pasaría de ser una *boutade*, un golpe de ingenio, en Camilo es algo más. Es como decir: este Petrarca, al saber la muerte de la inspiradora de sus sonetos debió matarse; ¿no lo hizo? ¡Es un farsante!

Se suicidaron Antero, Soares dos Reis, Camilo... se suicidó también Moucinho de Albuquerque, en quienes muchos esperaban ver resurgir alguno de los héroes antiguos de la epopeya camoeniana. Este mismo año se han suicidado dos ó tres personas conocidas, entre ellas Trindade Coelho. Y decidme: lo de Buiça, el regicida, ¿no fué un suicidio en rigor? No hace muchos días han publicado los diarios su testamento, recientemente encontrado. En ese documento, de una sencillez admirable, decía: «Mi familia vive en Vinhaes, adonde se les debe participar mi muerte ó mi desaparición, en caso de que ocurriesen. Mis hijos quedan pobrísimos: no tengo que legarles más que mi nombre y el respeto y compasión por los que sufren. Pido que los eduquen en los principios de libertad, igualdad y fraternidad en que comulgo, y por causa de los cuales quedarán, por ventura en breve, huérfanos». Este es su testamento, escrito cinco días antes de su muerte y del regicidio. Y decidme también: este último, ¿no fué en rigor un suicidio? ¿No creéis que es algo más que una *boutade* lo que alguien dijo de que el rey Don Carlos fué un suicida, que Buiça le suicidó?

Leed ahora una carta que hace un mes me escribió uno de mis amigos portugueses.

Refiérese en ella á mi anuncio á él de que pienso publicar un libro sobre Portugal. Traduzco aquí la carta, dejándola tal y como ella está, sin suprimir nada. Dice:

«Amigo: No imagina el placer que sentí al saber que usted, espíritu superior, iba á componer un libro sobre las cosas de mi tierra, de esta mi tan desgraciada tierra de Portugal.

Desgraciada—es la palabra. El pesimismo suicida de Antero de Quental, de Soares dos Reis, de Camilo, hasta del propio Alejandro Herculano (que se suicidó por el aislamiento—como los monjes), no son flores negras y artificiales de decadentismo literario. Esas extrañas figuras de trágica desesperación irrumpen espontáneamente, como árboles envenenados, del seno de la tierra portuguesa. Son nuestras, son portuguesas; pagaron por todos, expiaron la desgracia de todos nosotros. Diríase que fué toda una raza que se suicidó.

En Portugal llegóse á este principio de filosofía desesperada:—el suicidio es un recurso noble y una especie de redención moral. En este malhadado país, todo lo que es noble se suicida; todo lo que es canalla triunfa.

Llegamos á esto, amigo. He aquí nuestra desgracia. Desgracia de todos nosotros, porque todos la sentimos pesar sobre nosotros, sobre nuestro espíritu, sobre nuestra alma desolada y triste, como una atmósfera de pesadilla, depresiva y mala. Nuestro mal es una especie de cansancio moral, de tedio moral; el cansancio y el tedio de todos los que se hartaron de creer.

¡ Creer!... En Portugal, la única creencia aún digna de respeto es la creencia en la muerte libertadora. Es horrible, pero es así.

Europa nos desprecia; la Europa civilizada nos ignora; la Europa mediocre, burguesa, práctica y egoísta nos detesta, como se detesta á gente sin vergüenza y, sobre todo... sin dinero. A pesar de eso, en Portugal aún hay mucha nobleza moral; aún hay, por lo menos, nobleza moral bastante para morir, y aún existen cosas bien dignas de simpatías.

Su libro ha de rehabilitarnos un poco, seguramente. Usted, que es hombre de pasión y sentimiento y ve las cosas de la vida á través de la lógica afectiva, ha de ser, naturalmente, llevado á defender calurosamente á un pueblo esencialmente sentimental. Tan sentimental, que se dejó dominar por la emotividad despotica de un alienado con el delirio de la tiranía.

Bien sé; la lógica efectiva, muchas veces enturbia la visión nítida y precisa de los hechos; mas, en compensación, permite presentir y comprender ciertas cosas que sólo pueden ser comprendidas por la inteligencia del corazón. Su libro, amigo, sobre las cosas y desventuras de mi tierra, visto á la luz fría de la lógica utilitarista, podrá contener muchas interpretaciones erróneas, muchos modos de ver falsos; pero contendrá también, con certeza, algunas verdades que sólo pueden ser adivinadas y comprendidas por los espíritus afectivos.

Dice usted que todo lo que ha pasado y está pasando en Portugal es el desarrollo de una especie de tumor social...

Será, será. Será la muerte misma. Hay quien

diga que el tumor es apenas un absceso que después de supurar nos permitirá vivir aún largos días de desahogo y bienestar. (Aún hay también optimistas en Portugal.)

Yo, por mí, no sé, no sé; en buena verdad, amigo, no sé hacia dónde vamos. Sé que vamos mal. ¿Hacia dónde? Hacia donde nos lleven los malos vientos del destino. ¿Hacia dónde? Vamos... Cuando pienso que sobre nosotros pesa la herencia trágica, secular, de una ignorancia pútrida y de una corrupción criminal, mi espíritu se ennegrece y me siento adentrado de un pavor indecible, tal vez absurdo. Y más que saber si vamos hacia la vida ó hacia la muerte, me preocupa saber si moriremos noble ó miserablemente. Bien ve, amigo; la vida, trátese de la vida de un hombre, trátese de la vida de un pueblo, es una cosa bien pequeña, bien despreciable. Lo importante es el uso que se hace de esa vida. Un minuto de vida bien empleada, vale más que una eternidad de la vida inútilmente vivida. Y en Portugal (¡vea la profundidad de nuestro mal!) hay almas tan sucumbidas que dicen que tanto da morir de un modo como de otro. Esta insensibilidad moral es peor que la muerte, ¿no es verdad?

A las veces, en horas de desánimo, llego á creer que esta tristeza negra nos sube del alma á los ojos, y entonces tengo la impresión intolerable y loca de que en Portugal todos tenemos los ojos vestidos de luto por nosotros mismos.

Es claro, yo soy portugués y, por lo tanto, hijo de un pueblo que atraviesa una hora indecisa, crepuscular, de su destino. Es posible,

pues, como acontece á casi todos los enfermos, que yo no tenga la comprensión clara de nuestro estado. Y como acontece aún á casi todos los enfermos, mi espíritu tiene intercadencias de abatimiento y entusiasmo, de fe y desánimo, de creencia y desesperación.

Eso quiere sencillamente significar que, cuanto yo digo de las cosas y desdichas de Portugal, lo digo como portugués. Repito. Portugal atraviesa una hora indecisa, gris, crepuscular, de su destino. ¿Será el crepúsculo que precede al día y á la vida, ó el crepúsculo que antecede á la noche y á la muerte? No sé, no sé, no sé...

Ha meses aún, cuando Portugal atravesaba los días terribles de la dictadura de Franco, creía yo que íbamos á resurgir. En esa ocasión publiqué unos artículos fervorosos de optimismo y creencia. Hoy, sin embargo, hay una tranquilidad pútrida que me asusta de veras. Ni aun falta por ahí quien diga que *esto* no es ya un pueblo, sino el cadáver de un pueblo.

No sé, no sé...

Esta carta, interminable como la desventura, le dirá, amigo, el estado de mi espíritu en este momento. Es posible que yo me engañe (¡ojalá!) y que esto sea debido un poco al estado depresivo de mis nervios dolientes. Además, lo reconozco, acerca de los males de mi tierra no hablo como médico, hablo como enfermo.

Y porque hablo como enfermo es por lo que esta carta ya va demasiado larga y fastidiosa. Es que todos los enfermos gustan hablar mucho de sus enfermedades, y es ésta mi única disculpa.

Perdóneme y créame siempre, etc.»

Y todavía, después de la firma, Manuel Laranjeira, me añadía en postdata:

«P. S. ¡Tantas cosas que desearía decirle aún en respuesta á su carta! Mas, ¿qué quiere? Cuando me pongo á hablar de mi pobre tierra y, sobre todo, de las desdichas de mi pobre tierra, soy así (¡como los enfermos!), me olvido de todo lo demás. Perdóneme.»

Después de repasar y transcribir esta carta, tan profundamente reveladora, aquí, en el triste cuarto de un hotel, me acuerdo de la tranquilidad pútrida y hasta de las risas—no muchas; esto es más triste, mucho más triste que Madrid, hasta aparentemente—de la muchedumbre de estas calles de Lisboa. Y para distraerme, en estas largas noches de fines de Noviembre, tomo una novela del portugués, de Camilo, *A mulher fatal*. En la «Introducción» discurre amargamente sobre la risa y dice, entre otras cosas, que raciocinar es reir y que el colmo de la sabiduría humana es ver los reversos de las tragedias sociales, pues ¡llí está por fuerza la comedia. Y distingue luego la risa del animal filósofo de la carcajada plebeya del bípedo implume sin carta de filosofía alguna. La carcajada plebeya es el *espasmo cínico*, la risa *sardónica*, el reir de los que comieron el famoso ranúnculo de Cerdeña. Y agrega Camilo: «Ahora, entre nosotros, los que sueltan carcajadas no comieron ranúnculos; es gente embuchada con fréjol blanco y oreja de cerdo. Esa hedionda deformidad caracteriza estupidez casi siempre malévola: corresponde al retozo, si la risa es meramente bruta, y al coceo cuando es bruta y mala». Cita

luego á los grandes reidores, desde Demócrito y Aristófanes hasta Byron y Heine, y añade que es preciso haber llorado para immortalizar la risa en el libro, en la estrofa, en la sentencia ó en la palabra. Habrá, pues, que decir también—agregó—: *Si vis me ridere dolendum est tibi primum*.

Y sigue Camilo, el suicida Camilo, discurrendo sobre la risa en Portugal para decir que á nadie se le ocurrió inscribir á alguno de los satíricos portugueses en la pléyade de los que riendo castigaron. «El espíritu portugués—dice— nunca espantó á nadie. La brutalidad carnicera, sí. Lo asevera el docto y piadoso obispo Amador Arrais: «Espántase el mundo y tiene envidia de nuestra ferocidad». Esto se escribió de buena fe, en el siglo XVII, entre la Inquisición y la piratería portuguesa en el Oriente.»

Me quedo pensando en el espanto y la envidia del mundo por la ferocidad portuguesa. Y pienso que este pueblo que moteja de duro y áspero al castellano, es mucho más duro, mucho más áspero que él.

La blandura, la *meiguice* portuguesa, no está sino en la superficie; rascadla, y encontraréis una violencia plebeya que llegará á asustaros. Oliveira Martins conocía bien á sus compatriotas. La blandura es una máscara. El lenguaje de la Prensa sobrepuja aquí en violencia á todo lo más violento que se escriba en España. Allí no habrían podido escribirse nunca páginas como las que Fialho d'Almeida dedicó en *Os Gatos* á la muerte del rey Don Luis y á la proclamación de Don Carlos, el que luego fué muerto por Buiça. Y en la lite-

ratura, nuestros más fogosos escritores tienen que ceder en fuerza á los de aquí. Este es un pueblo no sólo sentimental, sino apasionado, ó mejor dicho, antes apasionado que sentimental. La pasión le trae á la vida, y la misma pasión, consumido su cebo, lo lleva á la muerte. Hoy, ¿qué le queda?

Dentro de unos días, el 10 de Diciembre, celebrarán las fiestas de la restauración de su nacionalidad, de haber sacudido la soberanía de los Felipes de España. Al día siguiente volverán á hablar de bancarrota y de intervención extranjera. ¡Pobre Portugal!

Lisboa, Noviembre de 1908.

## ALCOBAÇA

Llegué desde Lisboa á la estación de Valladolid, ya de noche, y de Valladolid á Alcobaca me llevó un desvencijado cochecillo. Distráje el frío y la soledad imaginándome lo que sería aquel camino envuelto entonces en tinieblas: ¿por dónde vamos?

Y fué en un hermoso amanecer de fines de Noviembre, en verdadero veranillo de San Martín, cuando salí á ver el histórico monasterio de Alcobaca, cenobio de bernardos en un tiempo.

Doraba el arrebol del alba las colinas, yendo yo derecho al monasterio, la fachada de cuya iglesia atraía mi anhelo. Esta fachada, severa, pero poco significativa, se abre á una gran plaza tendida á toda luz y todo aire. Al entrar en el templo, me envolvió una impresión de solemne soledad y desnudez. La nave muy noble, flanqueada por sus dos filas de columnas desnudas y blancas; todo ello algo escueto y algo robusto. Allá en el fondo un retablo deplorable, con una gran bola azul estrellada y de la que irradian rayos dorados. Las naves laterales semejan desfilade-